

CAPITULO XVI.

El hombre propone y Dios dispone.

Don Emilio, despues de haber ensalzado la generosa conducta de Duval y su laudable abnegacion, salió á la sala diciendo á la hermosa jóven que iba á esperar á Leopoldo, en tanto que el doctor la observaba y recetaba.

Clotilde le estrechó la mano con gratitud, y una melancólica sonrisa vagó por sus labios; sonrisa que se podia traducir por estas palabras: "¡Ya es tarde!"

Y esta, en efecto, era la creencia de la jóven.

Cierto es que la resolucion de su protec-

tor y la esperanza de ver á su lado muy en breve al hombre que adoraba le habia inundado de placer y de alegría; pero aquel placer y aquella alegría tenian algo de lúgubre y de misterioso, que helaba su corazon como el aliento de la muerte.

Don Emilio conocia, como nadie, el estado de gravedad en que se encontraba la hermosa, y habia leido en el semblante de la jóven lo que pasaba en su corazon.

—¡Está persuadida de que va á morir, y esa persuasion me aflige; porque es un funesto presagio!—Pensó para sí al verse solo en la sala.—¡Y yo soy la causa de su muerte....! Sí; mi tenacidad y mi capricho han conducido su naturaleza y su espíritu á un estado de debilidad y de caimiento que le arrastran á la tumba!....

Y D. Emilio se quedó quieto en medio de la sala, dejando ver en su semblante la afliccion y el dolor mas intensos.

Sumergido en sus tristes pensamientos, cruzados los brazos sobre el pecho y con los ojos fijos en el suelo se hallaba, cuando se abrió lentamente la puerta de la sala,

dando entrada á una mujer de esbelto cuerpo, vestida de riguroso luto, aunque con trage humilde, y tapándose el rostro con un pañolon negro de poco precio.

Al ver á D. Emilio, se estremeció y se detuvo junto á la puerta, como temerosa de acercarse ó de interrumpirle.

Don Emilio, al leve ruido de la puerta, levantó la cabeza, y dirigió la vista hácia ella, creyendo que fuese Leopoldo el que entraba.

Al ver á una mujer, dejó su triste actitud, y se adelantó hácia ella para recibirla.

Al aproximarse y disponerse á dirigirle la palabra, la mujer se destapó el rostro, y D. Emilio exclamó sorprendido.

—¡Elisa!

La viuda de D. Diego llevó el dedo índice á los lábios, indicando silencio.

—No, nadie nos oye.—Añadió Landeta bajando la voz y revelando en su semblante la alegría mas intensa.—¡Ah! ¡cuánto anhelaba volverla á ver á vd! ¡Tan grande es mi ventura, que el alma resiste á creer en su felicidad!

—No siga vd., D. Emilio. Yo no debo escuchar esas palabras que me hielan y me espantan.

—¡Oh! ¡hace diez y seis años que no las pronuncio! ¡Diez y seis años de silencio, de tristeza y de dolor, de ausencia! Su presencia de vd. me recuerda aquel tiempo en que era yo tan feliz cuanto soy ahora desgraciado....! ¡Entonces mis palabras de amor eran acogidas con intenso placer por la mujer única que he amado sobre la tierra!

—No siga vd., D. Emilio: no siga vd., por piedad.... ¡Ah! no he venido á despertar con mi vista ese fuego que ha dormido diez y seis años, oculto en las cenizas del tiempo, y que tan desventurada hizo á la mujer que amó á vd. Un deber mas sagrado, un deber santo me trae á esta casa en este instante.... Un deber que le toca á vd. cumplir si en algo estima la tranquilidad de esa pobre mujer, cuya vida ha sido una cadena de tormentos y de lágrimas!

—¡Ah! ¿qué debo yo hacer para complacerla? ¡Hable vd., hable vd.... Mi corazón no anhela otra cosa que servirla en todo.

La puerta que comunicaba con el cuarto de la enferma, se abrió con precaucion en aquel momento.

La cabeza de un hombre, oculto detras de las cortinas, se dejó ver á poco.

Era el doctor Willey que, al descubrir á los dos interlocutores, se detuvo asombrado de encontrar allí á Elisa, y deseoso de escuchar lo que trataba con D. Emilio.

—¡Ah! Esa pobre mujer que ha vivido y vive en la pobreza, que no ha disfrutado ni un solo instante de tranquilidad desde el instante fatal en que las palabras de vd. la hicieron olvidar sus deberes, nada pide, nada quiere que envuelva un sacrificio para vd.... Su deseo es fácil de satisfacerse, porque basta para obsequiarlo la voluntad de vd.

—Juro hacer cuanto se me exija.

—¡Ah! gracias, D. Emilio: así á la grave falta, al negro borron que ella misma echó sobre su alma, y que ha tratado de borrar con diez y seis años de arrepentimiento y de lágrimas, no se agregará un nuevo re-

mordimiento que atormentaria todos los instantes de su existencia.

—¡Faltas! ¡remordimientos!

Exclamó con triteza D. Emilio.

El doctor, deseando descubrir á quien se referian, prestó mayor atencion.

—¡Oh! sí; falta horrenda que yo no disculparé nunca; pero que no ha dejado Dios sin castigo.

—Es vd., muy severa en la manera de juzgar, Elisa.

—¡No! Esposa impía, faltó un dia á la fé que jurara al pié de los altares á su esposo... y aunque nadie mas convencida que yo de su sincero arrepentimiento, no por eso puedo disculparla!

—Vd. sabe mejor que nadie, Elisa—dijo tristemente Landeta—que el corazon de esa mujer jamás me ha pertenecido.

—Jamás.

—¡Cuánto lo siento!

—¡Y sin embargo, fué, y es desgraciada por vd.!

—Su desventurado esposo se habia meti-

do en una revolucion; le expulsó el gobierno fuera del país, y no queriendo llevar consigo á la hermosa jóven á quien estaba unido porque carecia de recursos, aunque yo le propuse proporcionárselos, la dejó encomendada á mi cuidado, porque me creia su mejor amigo!....

—¡Oh! ¡cuántas penas, cuántas lágrimas y cuántos remordimientos se hubiera ahorrado la infeliz si no hubiera sobrevivido á su partida! Dos años, dos años estuvo fuera el hombre á quien estaba unida, y en esos dos años tuvo un momento de ceguedad, en que las palabras de vd., que no se apartaba de su lado, la hicieron perjura y desgraciada!

—Mas para ¡qué atormentarse con ese pensamiento? Esa historia, Elisa, solo vd. la conoce en el mundo, y nada debe inquietar su corazon.

—No: hay tambien otro sér que la conoce mejor que sus mismos autores.... un sér por quien tiembla el alma de esa pobre mujer, un sér que la sigue á todas partes, que la acusa sin cesar....

—¿Quién?

—¡Dios!

—Pero Dios la ha visto arrepentida tratar de borrar aquel yerro.... Dios la vió huir de mi lado y prohibirme la entrada en su casa, como se le prohíbe al hombre que mas se aborrece.... y Dios, por último, la vió, cuando volvió su esposo, constituirse en su criada.... en su mejor amiga.... en su esclava....

—¡Oh! sí; le volvió á amar como en los primeros dias de su union, y procuró borrar su falta con sus cuidados y atenciones. Pero Dios quiso castigar su yerro, y el hombre á quien queria colmar de caricias para reparar su falta, en quien habia cifrado toda su dicha al enlazarse á él, se manifestó insensible á su ternura, abandonó el trabajo, se entregó á los vicios, y solo se acordaba de ella para atormentarla.... ¡Oh! Mucho ha sufrido y ha llorado esa infeliz.... Sus ojos han sido dos fuentes que no han cesado de verter un solo instante el llanto del arrepentimiento y del dolor! Ella le obligó á su esposo á que no volviese á ver á vd., diciéndole que ni siquiera se habia

vd. dignado hacerle una visita desde que él se ausentó. Así consiguió que sus ojos no volviesen á encontrarse con el hombre que le recordaba su fragilidad. Mas ¡ah! vd. no sabe, D. Emilio, las terribles consecuencias de su fatal yerro!

—¡Cómo!

—Vd. ignora, como todo el mundo, que de aquel momento de error existe un ángel en la tierra.... un sér inocente que nunca ha sentido el beso tierno de una madre, ni sus dulces caricias....

—¡Oh! ¡qué es lo que escucho! ¡Y dónde, dónde está ese inocente sér á quien he condenado al llanto y á la desgracia?

—Próximo á morir en esta casa.

—¡Cómo! ¡Acaso Clotilde....

—Sí; Clotilde es el padron constante de mi infamia.

—¡Nuestra hija!

—¡Sí.... nuestra hija!

Exclamó Elisa cubriéndose el rostro con ambas manos.

El doctor dejó ver en su rostro la sorpresa y la satisfacción.

—¡Cielos!

—Nadie en el mundo es sabedor de este secreto. Oculta en mi casa, sin salir de ella para nada, pues tenia una muchacha de once años para que me hiciese los recados, viví hasta dar á luz el fruto de mi desluz, que yo misma fuí de noche á colocar á la puerta de la casa de vd., frente á la cual estuve oculta hasta ver que aquella se abrió, y que mi inocente hija estaba en su poder.

—¡Ah! ¡No sin motivo le amaba yo tanto!

—Sí; Clotilde es el fruto de aquel yerro; y por eso, al saber que se halla en peligro su vida, no he titubeado en venir á suplicar que cuide vd. de ella.... que no la sacrifique vd. al capricho de quererla unir con un hombre que aborrece....

—No, no.... ¡ah! corramos á verla, Elisa!

—No: ella debe ignorar por siempre que yo le he dado la vida.

—Pero....

—Se lo pido en nombre de su pasión, que me hizo desgraciada.

—Bien; ignorará el nombre de la que le dió el ser; pero marchemos siquiera á verla.

—No; yo no debo entrar: yo no debo verla ya en este mundo.

—¿Por qué?

—Me he impuesto este castigo para hacerme acreedora al perdón del Eterno.

—¡Ah! pues bien: yo corro á salvarla.... Voy á decirle que Leopoldo va á llegar.... que está aquí ya....

Y corrió hácia la alcoba gritando.

—¡Hija adorada! ¡Clotilde!

Leopoldo y D. Manuel se presentaron en aquel momento en el umbral de la puerta de la sala, sin que nada hubiesen oído.

El doctor se dirigió en el acto hácia un ángulo de la sala, saliendo de detras de la cortina, pero sin que hiciese caso de él D. Emilio, que marchaba fuera de sí, ni notase tampoco en la llegada de Leopoldo, que permanecía con D. Manuel sin pasar el umbral.

La puerta del cuarto de Clotilde hácia donde se dirijia el afligido padre, se abrió de repente.

Una criada, pálida, temblando y sobre-

saltada se presentó en el umbral llamando á D. Emilio.

—¿Qué pasa?

Preguntó éste temiendo una funesta noticia.

—Que entre vd. inmediatamente, porque la señorita Clotilde....

—¿Qué?

Elisa, Leopoldo, D. Manuel y el doctor, fijaron la vista en la criada, esperando sobresaltados, inquietos, su contestacion.

—Acaba de quedar privada de sentido.

—¡Muerta acaso!

—Tal vez sí.

—¡Hija mia!

Exclamó D. Emilio fuera de sí, y penetrando en la alcoba de Clotilde.

Elisa quedó aterrada.

Leopoldo, pálido y como herido de un rayo, abrazó afligido á D. Manuel, y apoyó la cabeza sobre su pecho, exclamando:

—¡He venido á presenciar su muerte....!

El doctor, dejando ver en su semblante la alegría del condenado, que se complace con los padecimientos de la humanidad, se acer-

có á Elisa, y sacando un papel del bolsillo, se lo mostró diciendo en voz baja para no ser oido de Leopoldo ni del anciano, que estaban abrumados con el peso del dolor y sin ver lo que al lado de ellos pasaba.

—He oido todo.... Conozco al hambre á quien se dirijia esta carta.... O dentro de pocos dias me concede vd. su amor, ó de lo contrario publico su infamia. Su esposo ha muerto, y no puedo amenazar á vd. con enseñársela á él; pero queda el público que es mas temible que un marido.... ¡Adios!

Y el doctor se alejó, dejando aterrada y llena de dolor á la infeliz Elisa.

CAPITULO XVII.

La Caverna de Cacahuamilpa.

Al Sur de la capital de México, en el Departamento que lleva este nombre, se encuentra una de las cosas mas notables y dignas de ser visitadas por el viajero. La Caverna de Cacahuamilpa encajonada en el distrito de Tasco.

Esta Caverna, imponente y sublime, en cuyas inmediaciones se levanta pintoresca una cadena de montañas, debió servir, sin duda, á juzgar por las ruinas de un monumento, á manera de altar, que se conservan en la cima de una montaña colocada al fren-